

El informe de Brodie, ¿una crónica conyugal?

ANTES DE pronunciar el nombre de Borges hay que hacer una genuflexión que muestre el extremo respeto que se tiene para su obra. ¡Es tan importante, tan perfecta y tan original que únicamente los que carecemos hasta de las más elementales capacidades miméticas nos abstenemos de imitarlo! Ay, y cuánto nos duele no acertar a hacerlo sobre todo cuando en los Estados Unidos se ha declarado que la historia literaria de aquel país, en la última década, se divide en dos etapas: antes y después de la traducción de los libros borgianos.

Después viene una segunda parte en la que ya nos sentimos más a gusto porque no respiramos la atmósfera asfixiante del genio. Y es cuando hacemos una distinción entre lo que Borges escribe y lo que Borges proclama como ideología política. Tratamos, de alguna manera, no de justificar (porque es imposible), pero sí de explicar lo aberrante de sus posiciones cuando aludimos a ese mundo de sombra en el que lo ha confinado la ceguera progresiva y casi total ahora, a ese mundo de fantasmas y de ecos en el que se mueve y que sólo adquiere coherencia y sentido cuando lo concibe como una biblioteca.

Pero si recurrimos a la anécdota para entender su modo de pensar, ¿por qué no nos es igualmente lícito recurrir a la biografía para ayudarnos en la interpretación de su manera de escribir? La imagen de Borges-Edipo no es una sorpresa para nadie. Lo fue, para muchos, la noticia de un Borges que se decidía,

al cuarto para las doce, a contraer matrimonio con la novia de su juventud, ahora respetable matrona que aguardó la decisión del elusivo galán no tejiendo como Penélope sino casándose con otro, fundando una familia, enviudando. Esto es, no perdiendo el tiempo, sino empleándolo en las tareas normales. No preparándose para el advenimiento del Mesías, sino entreteniéndose en quehaceres cotidianos.

Cuando alguna revista, más indiscreta que literaria, lograba penetrar la intimidad de aquel hogar era para brindarnos una serie de fotografías idílicas: Borges frente a su escritorio en el que la esposa componía un florero. Borges sentado en su sillón predilecto y su esposa apoyada en el respaldo. Borges preparándose a posar mientras su esposa le enderezaba la corbata.

No, no, era demasiado bello para ser verdad. Era demasiado vulgar, demasiado al alcance de la mano de cualquiera. Para vivir así no se necesitaba ser Borges. Al contrario. Para vivir así era contradictorio y excluyente ser Borges.

Así que cuando unas escasas semanas después de aquel reportaje un cable trajo la noticia de que Borges había abandonado el hogar conyugal y había vuelto al seno materno (previa autorización de un juez) y se había llevado consigo sus libros, todos respiramos más o menos aliviados. Existe, pues, una cierta lógica en la vida, un cierto rigor en la conducta, una cierta inalterabilidad en los hábitos. El azar tiene sus oportunidades, pero acaba siempre por ser derrotado por la frecuencia y la constancia de la ley.

Borges guardó silencio sobre un episodio que sólo alguna persona sin imaginación podría calificar como fracaso. En cambio su exesposa se sintió obligada a mostrarse a la altura de las circunstancias y encareció las dificultades insuperables que existen en convivir con alguien que habita en una especie de Topos Uranos al que no tienen acceso más que los elegidos, entre los cuales —¡ay!— no podía incluirse ella.

En agosto de 1970 se publica en Buenos Aires el último libro de Borges: una colección de cuentos que, según el prólogo del mismo autor, tienen la novedad (en relación con el resto de su obra) de ser directos.

No me atrevo a afirmar que son sencillos; no hay en la tierra una sola página, una sola palabra, que lo sea, ya que todas postulan el universo, cuyo más notorio atributo es la complejidad.

Fuera del texto que da nombre a este libro y que manifiestamente procede del último viaje emprendido por Lemuel Gulliver, mis cuentos son realistas, para usar la nomenclatura hoy en boga. Observan, creo, todas las conveniencias del género, no menos convencional que los otros y del cual pronto nos cansaremos o ya estamos cansados.

He situado mis cuentos un poco lejos, ya en el tiempo, ya en el espacio. La imaginación puede obrar así con más libertad. ¿Quién, en mil novecientos setenta recordará con precisión lo que fueron, a fines del siglo anterior, los arrabales de Palermo o de Lomas? Por increíble que parezca, hay escrupulosos que ejercen la policía de las pequeñas distracciones. Observan, por ejemplo, que Martín Fierro hubiera hablado de una bolsa de huesos, no de un saco de huesos, y reprueban, acaso, con injusticia, el pelaje overo rosado de cierto caballo famoso.

Así, felices, no inadvertidos sino advertidos en demasía y en demasía confiados, nos enfrentamos con el texto en el que el primer título "La intrusa" aparece ya, con algunas pequeñas variantes, en alguna de las múltiples ediciones de *El Aleph*. Pasemos por alto esta pequeña trampa y detengámonos en el argumento: la rivalidad de dos hermanos por el amor de una mujer. Bueno, decir rivalidad es ya incurrir en un exceso. Digamos mejor coincidencia. Cuando Eduardo

descubre que Cristián mira con deseo a Juliana se limita a decirle:

"Si la querés, usala". El tono era entre mandón y cordial. Eduardo se quedó un tiempo mirándolo; no sabía qué hacer. Cristián se levantó, se despidió de Eduardo, no de Juliana, que era una cosa, montó a caballo y se fue al trote, sin apuro.

Como Juliana era una cosa, no tenía nada de malo compartirla. Como era una cosa, no tenía nada de malo venderla a un prostíbulo. Pero como era una cosa, a pesar de todo, existía, y todo lo que existe puede, en un momento dado, convertirse en un estorbo. Cuando Juliana se volvió piedra de tropiezo de los hermanos, concluyen que lo más conveniente es deshacerse de ella y la matan. Después de lo cual "se abrazaron casi llorando. Ahora los ataba otro vínculo: la mujer tristemente sacrificada y la obligación de olvidarla".

¿Borges misógino? Sus motivos tendrá y ni quien se los discuta. Lo que no puede permitirse es ser obvio. Y por directos que pretendan ser estos cuentos, siempre irán más allá de la experiencia que los ha motivado, del descubrimiento de una verdad que los ha hecho nacer. De aquí en adelante no volverán a mencionarse conflictos suscitados por una presencia femenina. Después de todo, es superflua. Los hombres van a enfrentarse sin otro pretexto que el de afirmar su hombría aniquilando la hombría ajena. En realidad lo que Borges postula es que nadie que sea es capaz de tolerar, de soportar que otro sea también. Entre gauchos y compadres va a probar la vigencia de aquel postulado de Hegel que reza que cada conciencia persigue la muerte de la otra. Porque sólo en la sociedad podemos expandirnos sin obstáculos, concebirnos sin la contradicción que nos propone nuestro reflejo en la mirada ajena, soñar en la inmortalidad "puesto

que mientras vivimos la muerte está ausente y cuando morimos estamos ausentes nosotros". Porque sólo en la soledad alcanzamos una plenitud que nos está escamoteando la presencia de un cuerpo que nos roba espacio, la enunciación de una palabra que hace variar el rumbo de nuestro discurso, la emisión de un juicio que nos obligue a rectificar el nuestro.

Los valentones que pueblan estas páginas regresan, después de haber consumado su hazaña en la oscuridad del campo, a la barra de la cantina a refrescarse la garganta con un trago y a anunciar modestamente a la concurrencia que parece que son ellos los que han sobrevivido. Una supervivencia precaria. Porque ya entre el auditorio se insinúa la figura de alguien que va a poner en entredicho este anuncio, que va a convertir en dudosa esta verdad que durará lo que dure la suerte.

Y cuando la acción se traslada a planos menos agrestes (en los que los hombres son manejados por sus armas y no al contrario, en que los puñales buscan la supremacía al través de sus transitorios dueños), incluso a planos meramente estéticos, es también la idea insufrible del reconocimiento de que no se es único sino de que se comparte todo: el aire, la importancia, el tiempo, lo que establece relaciones entre criaturas que de otro modo habrían siempre permanecido distantes e inalteradas y que, a partir de ese reconocimiento, no tienen otro fin sino el de buscarse para medirse y para que quede, como dueño del campo, el que venza. ¿Y después de la victoria, qué? Un momento fugaz de euforia y luego el silencio. La vida ha perdido su significado... mientras no haya otro duelo que mantener.

Curiosa recurrencia de un tema, el del duelo, que tiene su ámbito natural de desarrollo en el matrimonio. Palabra que en este libro no se menciona nunca. Como, para citar al mismo Borges, en el Corán no se alude jamás a los camellos, lo que autentifica su color local.

Soy yo, soy Borges

JAMÁS HE SIDO partidaria de conocer a los monstruos sagrados. (Con bastantes monstruos profanos tiene uno que lidiar todos los días y a todas horas como para buscarse trabajo extra.) Por otra parte, lo mejor de ellos mismos está en su obra, no en su persona, a la que han despojado de muchos de sus atributos humanos para fortalecer y desarrollar una potencia que no es admirable —y quizá ni soportable siquiera— más que cuando se convierte en acto.

Pero cuando la montaña viene hasta donde uno está... la cosa cambia. La admiración quizá tema ser decepcionada, pero la curiosidad prevalece sobre todos los otros sentimientos, y entonces acude uno a presenciar cómo es, en carne y hueso, esa criatura a la que hemos imaginado de tantas maneras mientras leíamos sus libros y nos pasábamos ante la novedad de la adjetivación, ante la audacia de los temas, ante el perfecto desarrollo de las ideas y su milagrosa encarnación en figuras vivas.

Yo recuerdo que con Borges la primera sorpresa no la tuve viéndolo sino oyéndolo en la grabación del disco que aparece en la colección Voz Viva de Latinoamérica, hecha por la Universidad Nacional Autónoma de México. Sorpresa porque yo esperaba una voz no sólo carente de peculiaridades locales sino, todavía más, de cualquier inflexión personal. Y de pronto escucho un acento inconfundiblemente argentino, una cadencia porteña que lo hacían parecerse a cualquier otro de sus paisanos. Él, habitante del mundo circular que ha creado, de ese mundo en el que reina, no la licencia de la fantasía, sino el rigor de la lógica.